

CAPITULO XII.

Díaz de nuevo en Oaxaca.

Pero aunque Juárez había ya regresado á la capital como Presidente de la República y habían sido derrotadas y dispersadas las fuerzas del partido reaccionario, de ningún modo se podía dar por terminada la guerra, pues la situación incierta del país, había levantado una multitud de guerrilleros y bandidos que hostilizaban por doquiera, usando su ostensible filiación política, como un manto para encubrir sus actos ilegales y protegerse contra el castigo en caso de que fueran capturados. Quedaban además algunas partidas de patriotas y cabecillas revolucionarios que sostenían continua y fiera lucha en las montañas, y como estos contendientes no vacilaban en aprovechar los servicios de ladrones, asesinos y bandidos, el país se encontraba infestado de facinerosos, y las vidas y propiedad de los ciudadanos pacíficos en constante peligro.

Entre los cabecillas revolucionarios que todavía mantenían activa campaña contra el Gobierno de Juárez, estaba el General Leonardo Márquez, quien sostenía la candidatura de Zuloaga para Presidente de la República, en cuyo favor había renunciado Miramón la jefatura del Poder Ejecutivo, poco antes de su precipitada fuga del país, á la entrada triunfal de Juárez en la capital de la República el año de 1861.

Era Márquez hombre de gran audacia y talento militar, y era con mucho, el adversario más temible que tenía Juárez por ese tiempo. Poseía gran tenacidad y perseverancia, y conocía perfectamente á todos los guerrilleros que hostilizaban al país, desde sus seguros refugios en las montañas; de donde salían de tiempo en tiempo. Y así le era posible en pocos días reunir un ejército bastante respetable, con tanta mayor facilidad, cuanto que gozaba de la reputación de



PORFIRIO DÍAZ EN 1861.

ser jefe de gran fortuna, y no era demasiado particular en lo que se refiere á la investigación de los antecedentes de los que llegaban á ofrecerle sus servicios.

Mientras que Porfirio Díaz se encontraba en la capital de la República, representando en el Congreso á su Estado natal, esta guerra de guerillas siguió creciendo en intensidad, y llegó la audacia de sus jefes á tal grado, que las fuerzas reaccionarias al mando de Márquez, fuertes de cuatro mil hombres, invadieron el valle de México é impusieron tributo á sus habitantes, quemaron y destrozaron villas y aldeas y cometieron toda clase de atropellos.

En Junio del mismo año de 1861, se mandó contra Márquez una división del ejército de Juárez al mando del General Jesús González Ortega. Pero Márquez, que tenía espías por donde quiera, estaba bien informado de los planes del general gobiernista, y esquivando las fuerzas de éste y haciendo marchas forzadas, llegó á la capital y la atacó por el lado del oeste el 24 de Junio, logrando penetrar por la garita de la Tlaxpana, barriendo ante sí la guardia que en ese lugar estaba estacionada para su defensa. Continuando por la calzada de San Cosme, llegó á la ciudad propia sin más oposición.

Estaba el Congreso en sesión cuando le llegó á Juárez la noticia de la inesperada entrada á la ciudad del jefe reaccionario. Con la mayor prontitud el Presidente mandó órdenes al General Mejía, que en esos días estaba al mando de las fuerzas acuarteladas en el convento de San Fernando, situado en la línea de marcha que tenía que seguir Márquez para penetrar al centro de la ciudad; mandó, decimos, al General Mejía, que se opusiera á las fuerzas invasoras. Era la brigada de Oaxaca la que por ese entonces tenía Mejía bajo sus órdenes, brigada que era de las mejores y más experimentadas al servicio del Gobierno de Juárez.

En los momentos en que llegaron al Congreso las noticias de la invasión de Márquez, el Coronel Díaz

ocupaba su lugar en el salón de sesiones entre los demás diputados. Inmediatamente pidió permiso al Presidente de la Cámara para retirarse, y sin la menor demora se dirigió á los cuarteles de San Fernando donde se puso á las órdenes del General Mejía, quien había ya entrado en combate con el enemigo, cuya guardia avanzada había llegado á Buenavista. Las fuerzas liberales se encontraban muy expuestas con motivo de la situación que ocupaban, lo que daba la ventaja á Márquez, ventaja que el jefe reaccionario aprovechaba cuando llegó á la escena el Coronel Díaz.

Comprendiendo inmediatamente el peligro, se proporcionó una compañía compuesta de 40 granaderos del primer batallón de Oaxaca, y marchando por el lado izquierdo de la calzada, dejando entre él y el enemigo los macizos arcos de piedra del viejo acueducto que existía á lo largo de esta calle hasta hace pocos años, se dirigió rápidamente contra el jefe conservador, que estaba ya rechazando las fuerzas al mando de Mejía. En medio de la excitación de la batalla, Márquez pasó desapercibido este movimiento del Coronel Díaz, y cuando lo descubrió estaba este último en situación de poder atacar inmediatamente el flanco de las fuerzas reaccionarias, lo que hizo sin la menor demora lanzando sobre sus filas un fuego de lo más mortífero.

Tomado enteramente por sorpresa y creyéndose rodeado por fuerzas muy superiores á las suyas, Márquez ordenó apresuradamente la retirada. Mejía, aprovechando la circunstancia, cargó fogosamente sobre el enemigo, cuya retirada fué pronto convertida en completa derrota. En su fuga dejaron tras sí las fuerzas reaccionarias muchos muertos, heridos y prisioneros, que cayeron en manos de Mejía. Entre los despojos se encontraron varios caballos de la caballería de Márquez mandada por Domingo Herrera.

Por sus servicios en este encuentro el Coronel Díaz fué nombrado Mayor de órdenes de la brigada de Oaxaca

xaca al mando de Mejía. Esta división del ejército liberal fué entonces incorporada al ejército del General González Ortega, quien sabiendo que Márquez había esquivado sus fuerzas y atacado la capital, regresó con la mayor premura á la ciudad, sólo á encontrarse con que el jefe reaccionario había sido ya rechazado. Sin perder tiempo decidió aprovechar las ventajas ganadas en la Tlaxpana, y casi inmediatamente se puso en persecución de Márquez, quien tenía aún bajo su mando un ejército de cerca de cuatro mil hombres, compuesto principalmente de cuerpos independientes de guerrilla de clase indescriptible, bajo sus respectivos cabecillas que él había logrado reunir. Estaba provisto de buena caballería y tenía ocho cañones, lo que hacía su fuerza formidable. Pero Márquez no tenía intención de presentar batalla á González Ortega, ante quien continuó retirándose, cruzando montes y valles é inmensas extensiones de territorio, con la celeridad de quien conoce bien el terreno por que camina. Pero por donde quiera que iba era seguido muy de cerca por Ortega y Díaz, habiendo sido este último promovido al mando de la brigada de Oaxaca por enfermedad de Mejía. Durante dos meses continuó la persecución, hasta que al fin, á mediados de Agosto de 1861, los liberales alcanzaron en Jalatlaco á las fuerzas de Márquez y Zuloaga, siendo éste último el pretendiente reaccionario á la presidencia.

El general liberal había tenido tanto trabajo para lograr seguir los movimientos de Márquez, que estaba temeroso de que pudiera escapar, por lo que mandó adelante á Porfirio Díaz con la brigada de Oaxaca á vigilar sus movimientos. Díaz marchó con toda la rapidez posible sobre la posición ocupada por Márquez, en la tarde del 12 de Agosto, con 240 hombres y la caballería al mando de Antonio Carbajal. A la puesta del sol se encontraron con parte de las fuerzas del enemigo en el rancho de Atenco, el cual, después de alguna resistencia, se retiró. Se supo entonces por algunos prisioneros tomados en esta esca-

ramuza que Márquez pensaba pernoctar en Jalatlaco. Inmediatamente resolvieron Díaz y Carbajal intentar sorprender al enemigo por medio de un ataque nocturno. Como el segundo conocía bien el terreno, convino en conducir las fuerzas de Díaz, haciendo un rodeo, al campamento de Márquez, quien había dejado atrás para defender el camino, una fuerza superior á las fuerzas de infantería y caballería combinadas al mando de Díaz.

De acuerdo con lo arreglado, se pusieron en marcha para Jalatlaco, Díaz á la retaguardia y Carbajal, como conocedor del país, á la vanguardia, en las primeras horas de la noche, para que los espías y exploradores de Márquez no pudieran dar parte del movimiento que se intentaba; siendo cubierta con la mayor rapidez la distancia que los separaba del enemigo.

Conforme se fueron aproximando á la ciudad, prosiguieron más sigilosamente por temor de llamar la atención del enemigo con el ruido de la caballería.

Desde la cima de una pequeña colina, señaló Carbajal las luces del campamento de las tropas reaccionarias á unos pocos cientos de varas de distancia, y Díaz decidió no perder tiempo, sino marchar inmediatamente sobre la plaza y batir al enemigo, el cual se había colocado en el atrio de la Iglesia y sus contornos. Los fuegos del campamento aún ardían y los soldados se veían agrupados á su rededor, algunos sentados, otros de pié y buena parte durmiendo, pues estaban fatigados con la larga marcha del día y el cansancio de dos meses de casi continuas marchas diarias.

Pero llegar hasta la plaza sin ser notados, no era tarea fácil; pues Márquez era buen soldado y conocía perfectamente los riesgos de la clase de guerra que estaban llevando á cabo en esos días por los distritos montañosos de México; y sobre todo, apreciaba el peligro de tener en la vecindad un enemigo como el Coronel Díaz. Por consiguiente, había colocado al rededor de la ciudad doble línea de centinelas de á pie y de á caballo.



INDIA DEL ESTADO DE PUEBLA-

Todo esto lo comprendió muy bien Porfirio, y procuró acercarse al lugar con el mayor sigilo y evitar ser descubierto el tiempo más largo posible.

El resultado fué que las fuerzas liberales llegaron hasta la primer línea de centinelas sin ser descubiertos. Tan luego como el primer centinela lanzó el ¡Quién vive!, el Coronel Díaz dió orden para avanzar sobre el campamento del enemigo, y fué esta orden ejecutada con tal precisión, y era tan corta la distancia, que llegaron los liberales á las puertas del atrio de la Iglesia antes que el jefe reaccionario pudiera darse exacta cuenta de lo que pasaba. Pero Márquez era como Díaz, rápido para obrar en una emergencia, y tan luego como el tiroteo de los centinelas anunció el peligro, intentó organizar sus dispersas fuerzas, y así le fué posible recibir á los asaltantes con nutridas descargas de fusilería antes de que lograran penetrar en el campamento.

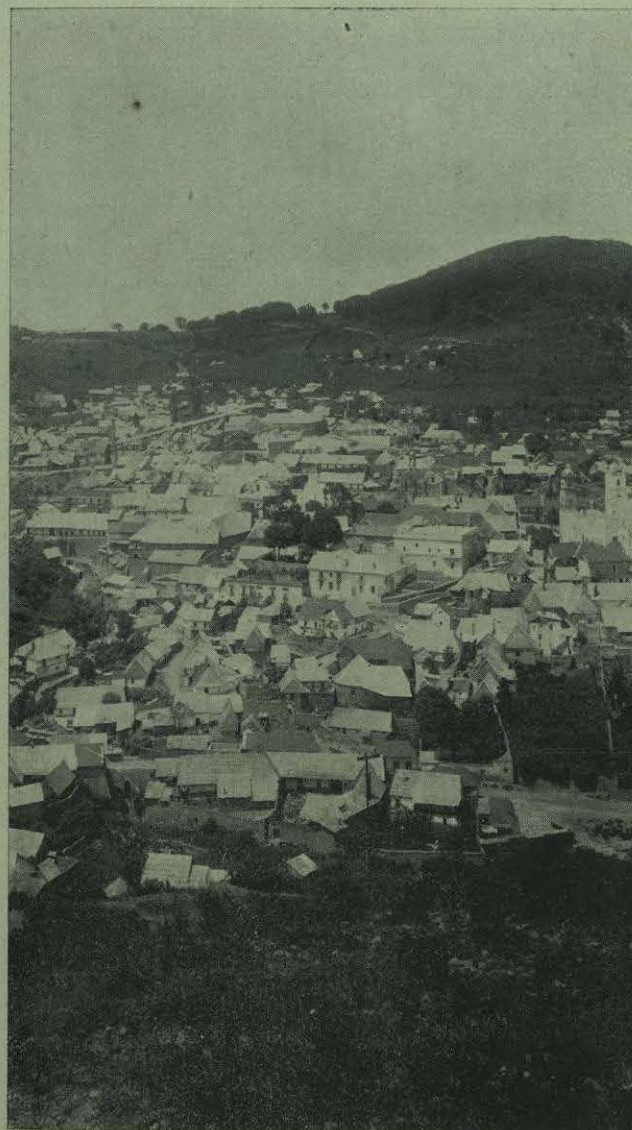
Era una lucha enteramente desigual, pues el Coronel Díaz tenía á sus órdenes solamente 240 hombres, mientras que las fuerzas de Márquez que se le opusieron llegaban á 4,000. Ciertamente es que el campamento no estaba organizado, pero también es cierto que las fuerzas de Díaz estaban colocadas entre dos fuegos: pues toda la caballería enemiga estacionada en los alrededores de la ciudad comenzó á atacarlo por la retaguardia.

La situación estaba llena de tremendos peligros para el puñado de valientes que había osado desafiar al ejército conservador en su propia madriguera; ejército que contaba en esos momentos con 11 generales, todos muy conocidos por sus hazañas militares, y entre quienes se encontraban Márquez, Cobos, el antiguo enemigo de Díaz, Negrete y Zuloaga. Pero los soldados de Oaxaca bajo el mando de Díaz eran veteranos que habían estado en más de una batalla, y que sobre todo, tenían entera confianza en su jefe. Cuando Díaz espoleó su caballo para lanzarse sobre el campamento, su gente lo siguió con tal voluntad y entusiasmo, que pasaban sobre cualquier obstáculo

que se les presentaba ¡tal era su ímpetu! Los soldados de la reacción fueron rechazados por una fuerza diez veces menor en número que la suya, pero no sin seria resistencia. Pronto logró Díaz apoderarse de la artillería, la cual puso inmediatamente en acción contra el enemigo. Era ya media noche, y la obscuridad, tan profunda, que nada se podía ver más allá de la rojiza luz de las fogatas del campamento.

Completamente sorprendidos por el inesperado ataque y el tiroteo de su propia caballería, que tomaron como del enemigo, el cual se imaginaron los estaba atacando con toda su fuerza, los soldados de la reacción volvieron las espaldas y huyeron á las obscuridades de la noche. En su alocada fuga perecieron muchos de ellos á manos de su propia caballería, que les hacía fuego equivocándolos por soldados de la fuerza liberal. Para este tiempo, también el General Ortega había llegado al teatro de la lucha. Pero creyendo que Díaz y sus valientes soldados habían perecido en su aventura, se contentó con dirigir sus baterías y hacer fuego sobre el enemigo, del que no tenía otro blanco que las luces del campamento en la plaza y atrio de la Iglesia. Por lo cual el Coronel Díaz se vió obligado á mandar apresuradamente un mensaje suplicando que se hiciera cesar el fuego, pues estaba haciendo más daño á su gente que á los enemigos fugitivos, la mayor parte de los cuales estaban ya fuera del alcance de los fuegos de la batería, y escondidos en las tinieblas de la noche.

No satisfecho con su victoria, el Coronel Díaz persiguió á un cuerpo fugitivo del enemigo y cortándole la retirada lo lanzó de nuevo al atrio, donde todos los soldados que lo componían se vieron obligados á rendirse. Solamente el número de estos prisioneros llegó á 700. Entre los despojos de guerra que esta batalla dió á los liberales estaba todo el equipaje y parque del ejército conservador, y diez piezas de artillería de campaña, que era toda la fuerza que en esta arma tenía el enemigo. Entre los prisioneros se encontraban ocho oficiales regulares y muchos voluntarios.



REAL DEL MONTE, HIDALGO.

Pero el resultado más importante del triunfo fué la dispersión, y prácticamente la destrucción, del ejército reaccionario de Márquez, el cual había amenazado varias veces la capital de la República durante el último año. Esta victoria convirtió en un fugitivo al General Zuloaga, Presidente de la República, según los reaccionarios.

Cuando el Coronel Díaz informó de su victoria al General González Ortega, éste apenas podía creer que lo que se le decía era verdad. Parecía más bien un milagro que un simple hecho humano el que una fuerza de doce veintenas de soldados de infantería, hubiese podido derrotar y poner en completa fuga á un ejército de más de cuatro mil hombres de las tres armas, infantería, caballería y artillería, y dirigido por los mejores generales del ejército conservador. Era aún más increíble que un cuerpo tan pequeño de hombres hubiera podido capturar tres veces más prisioneros que el número actual que lo componía. Pero la fuerza del destruído ejército de Márquez era bien conocida por el ejército liberal que desde hacía tanto tiempo la perseguía, y los despojos que habían abandonado y los prisioneros eran testimonios fehacientes de una de las más atrevidas empresas en la historia de México, que habían sido llevadas á debido efecto con el mayor éxito. Ni un solo hecho en la historia kaleidoscópica de la conquista de la Nueva España por el más famoso de los aventureros, Hernán Cortés, se puede comparar en audacia con este ataque nocturno del Coronel Díaz y su puñado de valientes, contra una fuerza cerca de veinte veces superior en número y dirigida por los generales más hábiles del partido reaccionario en esos días.

Como resultado de esta victoria, el General González Ortega recomendó al Coronel Díaz para la promoción á brigadier general: y en una carta que dirige al Presidente Juárez, en la que le dá cuenta de los atrevidos y heroicos hechos del joven oficial, manifiesta que se sentiría avergonzado de usar las divisas de su rango si Porfirio Díaz no fuera promovido, en

justo reconocimiento de esta acción de Jalatlaco y de la completa derrota del ejército reaccionario de Márquez. Tan especial recomendación no podía ser desatendida, y Porfirio Díaz á la edad de treinta años y el 23 de Agosto de 1861, diez días después de su brillante victoria, fué promovido al rango de brigadier general por su valor y por sus relevantes servicios en los campos de batalla. González Ortega personalmente le comunicó la noticia en presencia de las tropas de su mando, congratulándolo por haber ganado tan señalado honor, á una edad en que la mayor parte de los oficiales están aún con mil dificultades iniciando sus ascensos en la carrera militar.

CAPITULO XIII.

Pachuca y Real del Monte.

Se acerca á su conclusión el período propiamente conocido con el nombre de "guerras de la reforma." Un nuevo enemigo, y enemigo que era de temer, amenazaba seriamente la existencia del partido liberal, el cual había hecho esfuerzos tenaces para establecer su autoridad por todo el país. Lo eminente de este peligro para la causa liberal animó á los conservadores, que lo usaron como una palanca para incorporar reclutas en sus filas. Todo el mecanismo é influencia de la Iglesia fué puesto en la balanza del lado de los reaccionarios. Esto explica cómo era posible á jefes como Márquez reorganizar después de tremendas derrotas como las de Tehuantepec, Oaxaca y Jalatlaco, sus dispersas fuerzas y aparecer en el campo en poco tiempo con otro ejército numeroso y fuerte.

Después del ataque nocturno sobre Jalatlaco por el grupo de valientes encabezados por Díaz, y de la dispersión de las fuerzas de Márquez, aprovechándose de la circunstancia de que González Ortega no se hizo cargo de la verdadera situación provocada por los sucesos que habían tenido lugar durante la obscuridad de la noche, y se había descuidado en perseguir las fuerzas dispersas de los derrotados conservadores, le fué posible á Márquez reunir el día siguiente buen número de sus hombres, con los cuales inició su retirada al Estado de Querétaro á través de montañas casi impenetrables. Dicho Estado, como es bien sabido, fué durante el período de las guerras del imperio decididamente conservador. Allí fué recibido calurosamente por Tomás Mejía, los demás jefes conservadores y el partido de la Iglesia, quienes le dieron toda clase de facilidades para reclutar tropas. Márquez era hombre dotado de la misma admira-